

Manuel Espadas Burgos, un manchego junto al Tíber

Encuentro una gran dificultad a la hora de elaborar este breve recuerdo de Manuel Espadas Burgos, fallecido el pasado 21 de mayo. No es sencillo resumir en un puñado de frases casi cuarenta años de relación que muy pronto pasó del terreno profesional al personal y hasta al familiar. Ha fallecido mi maestro y mi gran amigo.

Nos unió Italia. Yo había hecho mi Memoria de Licenciatura sobre el colonialismo italiano y su comparación con la guerra de Cuba. En los cursos de doctorado me apunté al que impartía Manolo sobre el fascismo italiano. Me sorprendió su forma de impartir clase y, sobre todo, sus conocimientos sobre la historia de Italia, algo que entonces no era nada común. De ahí nació mi interés porque fuera él quien dirigiera mi tesis doctoral sobre la historia de las relaciones entre España e Italia. Pronto supe que Manolo fue uno de los primeros historiadores españoles de su generación en saltar los Pirineos y en establecer lazos internacionales, en empaparse de otras historiografías y codearse, sin el miedo psicológico que atenazaba a otros colegas, con otras experiencias historiográficas, fuera en Italia, en Francia, en Alemania, Holanda, en la vieja Unión Soviética, etc.

A Manolo le interesó mi proyecto de Tesis, asumió la responsabilidad de dirigirla y me apoyó en la petición de una beca predoctoral en Roma, de la Escuela Española de Historia y Arqueología, adscrita entonces a la Academia Española de Bellas Artes.

Italia nos unió y Roma era el vínculo. Manolo se reía de mi desconsuelo por tener que abandonar Roma después de terminar el período de mi primera beca para regresar a Madrid e incorporarme al departamento que él dirigía. Me hizo entonces un vaticinio: “no te preocupes, volverás pronto, ya nunca abandonarás Roma”. Y hasta ahora.

Manolo inició su relación con la historiografía italiana cuando fue invitado a participar en el 49º *Congresso di storia del Risorgimento italiano* celebrado en Viterbo a principios de septiembre de 1978. Se convertía así en el relevo de otros dos historiadores españoles que en años precedentes habían participado en aquellos sonados bienales congresos, Jaime Vicens Vives y Jesús Pabón y Suárez de Urbina. Desde Viterbo en adelante Manolo participaría en todos los encuentros, forjando unas relaciones de trabajo que muy pronto se tradujeron en relaciones personales. Manolo era respetado científicamente pero, sabio, buen conversador, con gran sentido del humor, era sobre todo querido por una pléyade de historiadores que marcaban rumbo historiográfico en Italia. Ya en los primeros encuentros conoció a Alberto M. Ghisalberti, Emilia Morelli, Giuseppe Talamo, Ruggero Moscati, Luciano Cafagna, Alberto Caracciolo,

Aldo Garosci, Franco della Peruta, Carlo Ghisalberti, Bianca Montale, Luigi Lotti, Alfonso Scirocco, y llegó a tener una afectuosa relación también con Giovanni Spadolini que se acrecentó durante la celebración del XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid en 1990 y organizado por Manuel Espadas como Secretario que era entonces del Comité Español de Ciencias Históricas. A través de Manolo, yo tuve la suerte de conocer a la mayoría de ellos y me incorporaron como un participante habitual de los congresos, sobre todo después de que Emilia Morelli decidiera “designarme” representante en España del *Istituto per la storia del Risorgimento italiano*.

Manolo se hizo italiano. Nunca abandonaría el contacto con los viejos amigos y, al contrario, su número se incrementaría con el tiempo. En 1997 aceptó la dirección de la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC en Roma, puesto en el que permaneció hasta su jubilación en marzo de 2006. Fue un buen director y, además, lo reconocía sin ambages: fue aquel el período más feliz de su vida. Sin dejar de apoyar los proyectos arqueológicos, quiso dar mayor relevancia a los estudios históricos, apoyó en lo que pudo las iniciativas del hispanismo historiográfico y combatió, no sin incompreensión y grandes dificultades, por la necesidad de que la Escuela tuviera una nueva y más digna sede. Él no pudo ver culminado este empeño durante su dirección, pero echó la semilla para que pocos años después la sede actual de via di Sant’Eufemia fuera una realidad. Manolo vivió en Roma dentro de un mundo de complicidades, comenzando por la de sus más directos colaboradores y pronto también amigos, Esther Barrondo y Juan Carlos García Alía, y terminando por la de las instituciones culturales y científicas de Roma. Manolo no olvidó sin embargo su pasión por su tierra manchega y trasladó este amor también a Roma. Son muchos los que aún recuerdan la lectura del Quijote en el Campidoglio que organizó en celebración del IV centenario de la publicación de la obra magna de Cervantes.

Maestro de historiadores. Manuel Espadas fue, posiblemente, uno de los últimos historiadores con letras mayúsculas, antes de que se impusieran las especializaciones. Capaz de abordar con la misma e inigualable competencia cualquier período histórico, no debe extrañar a nadie que su Tesis Doctoral versase sobre *la universalidad de la Historia en el pensamiento romano* (1965). Manolo trabajó también prácticamente todas las especialidades históricas: historia local, regional, nacional e internacional, biografías, historia política, militar, historia de la Iglesia, cultural, de la política exterior, historia de otros países. Pero si hay algo que podemos destacar sobre un historiador tan polifacético es que fue uno de nuestros profesionales más conocido y respetado fuera de España. Manolo, es indiscutible, realizó un trabajo historiográfico de primer orden. Pero por encima de ello, de los puestos que desempeñó y de los honores a los que se hizo acreedor, destacó por su enorme categoría humana. Tuvo muchos discípulos y casi una veintena de doctorandos y todos reconocemos su extraordinaria forma de magisterio, atípica, por lo cercana y afectuosa, respetuosa, comenzando por las posiciones ideológicas de cada cual.

Manolo fue un liberal católico y no un católico liberal, como hablamos en tantas ocasiones y él se divertía en matizar y explicar. No nos imponía verdades canónicas, porque no creía en ellas, porque, al contrario, nos convencía de que para un historiador no existen; no transmitía como imposición a sus discípulos su propia visión de la profesión y de la vida, escuchaba, razonaba y obligaba a razonar. Nunca consideró ni toleró que los temas de investigación fueran patrimonializados por nadie: cuando alguien le reprochaba que alguno de sus discípulos hubiera escrito sobre temas que consideraba propios y exclusivos, no solamente no se mostraba comprensivo con el interlocutor, sino que era incapaz de ocultar la satisfacción que esto le producía. La “influencia” que ejercía el magisterio de Manuel Espadas se realizaba a través del ejemplo, mediante la búsqueda de la coherencia entre lo profesional y lo personal; enseñaba sin prisa, al ritmo del aprendizaje y de la capacidad personal del discípulo, no de los tiempos del maestro. ¿Cuáles eran los principios básicos exigidos -ahora sí- por Manuel Espadas? Uno fundamental: el permanente ejercicio de la libertad, como situación previa e ineludible para el ejercicio de la responsabilidad, como actitud vital y actitud profesional. Hombre lleno de dudas -principio básico de un historiador-, respetuoso y sincero sin llegar nunca a la agresión; demócrata sin color, de verdad, de principios, de diálogo permanente, por tanto de cesiones y de búsqueda constante del acuerdo, un hombre feliz en la convivencia del consenso.

La capacidad de comprensión, la tolerancia, la elegancia y la caballerosidad caracterizaban a Manuel Espadas Burgos. Escribía como era: ágil de pensamiento y pluma y de elegante, precisa, y amena escritura.

Roma se clava en el alma. ¿Qué es para ti Roma, Manolo? Le pregunté antes de la presentación en Madrid de su libro *Buscando a España en Roma*, en el que colaboró con unas extraordinarias fotografías Juan Carlos García Alía. No era fácil la respuesta, los dos lo sabíamos porque otras muchas veces habíamos jugado a buscar definiciones escuetas sobre algo que seguramente no las tiene. Quizás por su exceso de romanticismo, quizás por su evocación histórica y cultural, quizás por el momento histórico en el que fue escrita, nos gustaba la frase de Emilio Castelar: “Roma, eterna capital del mundo”.

Manolo volvió a Roma en diciembre de 2012. Yo ya era entonces director de la Escuela Española. Le invité al congreso que organizamos, junto a otras instituciones, en ocasión del cuarto centenario de la Constitución de Cádiz. Realizó su último viaje a Roma en noviembre de 2015 para asistir a un congreso sobre la Gran Guerra que organizó el *Istituto per la storia del Risorgimento italiano*, con nuestra colaboración y la de otras muchas instituciones extranjeras. Paseando un día por la ciudad me confesó que sentía que aquel era el último viaje que realizaría a Roma. Protesté por lo que me decía, pero, desgraciadamente, también este vaticinio se cumplió, ya nunca encontró el momento -con las más variadas excusas- para retornar a la ciudad de sus días felices.

En la última conversación que mantuve con Manolo, poco antes de morir, hablamos de los tiempos pasados, hablamos de Roma, su tema de conversación favorito y el único que era capaz de evocar con precisión desde un cerebro en el que hacía tiempo se había instalado una dañina nebulosa. Le prometí un viaje a Roma en cuanto saliera del hospital, me respondió sonriendo que esa “era una idea magnífica, magnífica”. Nos ha tomado la delantera. Estoy seguro de que a partir de ahora repartirá su tiempo eterno entre sus paisajes favoritos, Roma y su querida Ciudad Real, con su imprescindible compañera de viaje y de vida y tan añorada por todos desde su muerte en el fatídico 2020, Nunci.

Manolo, *sic tibi terra levis*

Fernando GARCÍA SANZ